

Jean Allouch

Entrevista con Stéphane Breton*

1. *¿Qué motivó su deseo de convertirse en analista?*

El psicoanálisis fue y sigue siendo una invención de la locura. Este rasgo lo distingue de disciplinas conexas (psiquiatría, psicología, psicopatología, criminología) que proceden todas de la sociedad y están al servicio de ella. La fórmula de éstas es: “Hay que defender la sociedad”. Así el crimen fue visto con regularidad como un atentado a la vida en sociedad y los asesinos condenados por ello, desde el comienzo mismo de los informes de instancias psiquiátricas y judiciales. El psicoanálisis cavó su frágil lugar... en otra parte, a lado de aquellos que la sociedad rechaza. Yo la llamo una disciplina “parasitaria”. No está de lado de quienes tienen el sartén por el mango, donde se le dice a la gente cómo pensar y, sobre todo, cómo comportarse.

Hace falta haber lidiado de cerca con la locura, haberse tropezado con ella con los ojos clarividentes de un niño para, un día, más tarde, haber querido ejercer el psicoanálisis — lo que sigue siendo una locura. Y aquí se puede evocar una frase de Pascal que Michel Foucault retomó en su *Historia de la locura en la época clásica*: “Los hombres son tan necesariamente locos que sería estar loco de alguna otra manera el no estar loco”. La locura no es una enfermedad (mental o psíquica), la división razón/sinrazón no coincide con la del normal y del patológico, eso es lo que Foucault sostiene, entre algunos otros, a menudo hombres de letras.

2. *¿Qué mirada tiene usted sobre su práctica analítica “a la larga”? ¿Cuáles son los principales paradigmas de su reflexión analítica?*

¿Estoy hoy en día en posición de lanzar semejante mirada retrospectiva sobre mi ejercicio (palabra que prefiero a “práctica”, que sugiere demasiado la presencia o bien la ausencia de una “teoría”)? Pero usted tiene razón, ha habido muchos paradigmas en lo que se llama el “campo freudiano”.

Sigmund Freud vino primero, con su concepción de un “aparato psíquico” compuesto de muchas “instancias”. Fue llevado a concebir una segunda “tópica”, ya no la que distinguía el consciente, el preconscious y el inconsciente, sino la del ello, del yo y del superyó. Esta segunda tópica no tomó el lugar de la primera; ellas cohabitaron, lo que planteó muchos problemas.

* Traducción del francés por Itzel Casillas Avalos y Jaime Ruíz Noé.

Problemas que no han hecho más que intensificarse más tarde, cada vez que un o una psicoanalista ha penetrado en el campo freudiano. Sus nombres son conocidos, a veces incluso por el público en general: Sándor Ferenczi, Anna Freud, Melanie Klein, Wilfred Bion, Jacques Lacan. Ellos fueron, cada uno, portadores de un paradigma. Nunca me he encontrado en una postura elevada desde la cual habría tenido todos esos paradigmas bajo lo ojos, con la perspectiva de tener que elegir uno. Muy pronto escuché hablar de cierto Jacques Lacan de una manera tal que me dije que, en el lío en el que me encontraba, era a él a quien yo necesitaba, mi “analista de elección” (según la afortunada expresión de Conrad Stein). Lo que siguió después me permitió entrever la razón de esta elección. Freud se limitó al conflicto psíquico; Lacan prefirió la tensión. Según este último, cada uno está tensado entre tres dimensiones o registros que son el real, el simbólico y el imaginario. Hace falta creer que “tensión” me iba mejor que “conflicto” y que esto me habló sin que yo lo supiera.

Thomas Kuhn consideró la historia de las disciplinas científicas en términos de sustitución de paradigmas (por ejemplo, en física, donde Aristóteles tuvo que dejar el lugar a Newton, luego este último a Einstein). No sucede lo mismo en psicoanálisis, pues el estatus fluctuante (poco formalizado) del saber no permite hacer un corte tan “fácilmente”, no permite que una comunidad de científicos elija, en un momento dado y casi unánimemente, tal o cual paradigma. De ahí un salvajismo que algunos deploran, por otra parte, equivocadamente, pues quisieran que el psicoanálisis fuera otra cosa de lo que es.

3. ¿Qué dicen los discursos sobre las sexualidades, los géneros de nuestra modernidad? ¿En qué el psicoanálisis tiene que “tomar parte” en este debate antropológico y político?

Resulta remarcable que a pesar de los esfuerzos realizados por aquí y por allá no se logre todavía dominar las diversas libidos (lo que da la razón a Freud). Y también remarcable que, socialmente, haya de manera permanente en lo erótico un personaje presentado como diabólico y condenado por ello, una manzana podrida. Antes era el homosexual, ahora el “perverso narcisista” o incluso el “pedófilo”. Se procede así de la misma manera en que Kierkegaard describía los debates filosóficos. Señalaba que a menudo consistían en poner un sombrero sobre la cabeza de alguien, luego declarar que el portador de ese sombrero era un personaje muy triste y poco acogedor.

4. ¿En qué Freud y Lacan son (aún) modernos?

No sé qué quiere decir “ser moderno”. “Inactual”, esa palabra de Nietzsche, me parece mejor.

5. *¿El psicoanálisis está “muerto”? ¿Qué perspectivas tiene en un “espacio científico” ampliamente ocupado por las ciencias cognitivas y las terapias breves?*

Incluso en la actualidad, la ciencia sólo es para el análisis un horizonte que sitúa y determina su saber. Es ante ella que este saber se presenta para ser evaluado, como un vagabundo en harapos pidiendo ser admitido en la Academia o, más sencillamente, por el “hombre de bien” [*honnête homme*].¹ Este enfoque, digo yo, determina ese saber en el sentido en que no constituye un “entre sí”, de que permanece abierto. Si hago caso de Claire Lannes, personaje de la novela *La amante inglesa* de Marguerite Duras, o del asesinato de su mujer por Louis Althusser, o del solevantamiento de unos locos descrito por Riccioto Canudo en *Los liberados. Memorias de un alienista*, es por supuesto teniendo en mente una destinación que es la de mis “colegas”, pero también cuidando de poder ser leído por el hombre de bien y a la espera de su juicio.

No creo que un analista actualmente deba luchar contra las llamadas ciencias cognitivas, que están en sintonía con las exigencias de un control estatal de la población. Sólo se les puede desear “buen viento”, aunque se traten de semblantes, como se ve en el éxito de la expresión “inteligencia artificial”, que no es más que un artificio de la inteligencia — y usted puede fácilmente imaginar que si uno dijera “AI” (pronunciándola en voz alta para escuchar “odio”) más que IA (“hay” o “sí”) el éxito no habría sido el mismo.² Un semblante también lo son las imágenes del cerebro funcionando. Un programa de computadora las dibuja a partir de datos extraídos no directamente de las células nerviosas, sino del funcionamiento de la sangre en el cerebro. Si se presentan estos datos en forma de lo que son, a saber, cuadros estadísticos, la fascinación no se daría cita; la misma fascinación que fue el éxito persistente de la frenología, la cual no retrocedía en comunicar sus propósitos como el de: “Si examino a estos niños que quiebran y rompen todo, estoy seguro de que encontraré el órgano de la destrucción”. Ya no buscamos en los cráneos “la protuberancia del crimen”, las exploraciones del cerebro se han afinado y se puede esperar mucho; sin embargo, el enfoque localizador sigue siendo el mismo. El día en que la razón fisiológica nos diga qué me hace soñar con un cielo verde y no azul, podremos discutir.

¹ La expresión “*honnête homme*” no se refiere a un intelectual sino a un hombre culto y de buen gusto (N. del tr.).

² Al ser pronunciadas en francés las siglas en inglés AI (*artificial intelligence*) suenan igual que la palabra *haine* (odio), mientras que las siglas en francés IA (*intelligence artificielle*) suenan igual que “*il y a*” (hay) o “*oui*” (sí) (N. del tr.).